

LA HUMANIDAD ANTE LA ENCRUCIJADA DEL COVID-19

FRANCESC MESTRES
JOSEP VIVES-REGO

Los filósofos actuales han reaccionado con rapidez y de manera muy diversa ante las reflexiones inducidas por la pandemia del Covid-19¹. Desde nuestra perspectiva de científicos experimentales interesados en la filosofía, consideramos que una buena manera de reflexionar sobre el Covid-19 y sus efectos sociales es a través de las tres preguntas con las que I. Kant sintetizó los intereses fundamentales de la filosofía: qué puedo saber, qué puedo hacer y qué puedo esperar.

Ante la pregunta sobre el conocimiento, lamentablemente para los expertos de los diferentes ámbitos científicos relativos al Covid-19, la respuesta es simple: el año pasado se sabía muy poco de él y los poseedores de ese saber eran un número escaso de especialistas. Ya se había advertido del peligro potencial de los coronavirus (Cheng, et al., 2007), pero la situación se ha complicado debido a que los medios informativos se han hecho eco de informaciones poco precisas, algunas falsas (*fake news*) o se han publicado planteamientos pseudocientíficos que han confundido a la opinión pública. En este sentido, entendemos que poco puede aportar la filosofía a esa pregunta, al menos hasta que los conocimientos científicos no sean más amplios y sólidos. La segunda pregunta interroga sobre la ética y la moral: ¿cómo debemos comportarnos o qué debo hacer? Aquí la respuesta del ciudadano como individuo es subsidiaria de lo que decidan los que tienen poder a nivel político y económico. Sin embargo, tanto ciudadanos como gestores públicos deberían escuchar a los expertos que adquieren el conocimiento a través de la investigación científica y de la experiencia acumulada en los centros sanitarios. La tercera pregunta es la más críptica: ¿qué puedo esperar? Quizás lo que se preguntaba Kant era: ¿tiene sentido que tengamos esperanza? ¿Esperanza de qué o en qué? En la actualidad, esta pregunta con relación al Covid-19 está totalmente abierta, donde un interrogante clave es si la sociedad será capaz de actuar de manera inteligente y humana.

Departamento de Genética, Microbiología y Estadística, Facultad de Biología, Universidad de Barcelona, Barcelona, España. / fmestres@ub.edu / temivives@telefonica.net

En el caso concreto del Covid-19 la frase del *Tractatus logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein: «De lo que no se puede hablar hay que callar», es totalmente actual y pertinente. A fecha de hoy, el análisis de las crisis resultantes de la pandemia (social, política, económica, etc.) permanecerá en el ámbito de la especulación hasta que la ciencia no avance sustancialmente en el conocimiento y los efectos, tanto en la naturaleza, como en los humanos y la sociedad en general. Lo que sí es cierto es que el Covid-19 ha conseguido derrumbar al sistema social que hemos devotamente fomentado en las últimas décadas: viajar fácilmente a todos los rincones del planeta, consumir productos de orígenes lejanos, despilfarrar energía, sobrexplotar los recursos naturales, contaminar aguas y atmósfera. Hay que destacar que colectivos amplios de científicos llevaban tiempo alertando de los problemas medioambientales urgentes de nuestro planeta (Ripple, et al., 2017, 2020). Las medidas de confinamiento de la población y de la parada de las actividades asociadas han supuesto una reducción de la contaminación, de la producción de gases invernadero, etc. La biosfera reaccionó en pocos meses a la alteración del comportamiento humano, lo que indica hasta qué punto hemos afectado los ecosistemas.

BIOPOLÍTICA Y LECCIONES PARA EL FUTURO

Una lección de Foucault, crucial y plenamente vigente hoy día, es que el cuerpo vivo, y por tanto mortal, es el objeto central de toda política: *Il n'y a pas de politique qui ne soit pas une politique des corps* (no hay política que no sea una política de los cuerpos). La pandemia muestra que todas las políticas preventivas, hospitalarias, sociales y económicas están centradas en nuestros cuerpos: confinamiento, eliminar los contactos, depurar nuestros cuerpos de los virus, no trabajar o trabajar a destajo, etc. Por tanto, reflexionar sobre la situación en la que nos encontramos requiere, en primer lugar, asumir que “el cuerpo” es ineludiblemente el objetivo de la política imperante, es decir la “biopolítica”.

Necesitamos tiempo para pensar e impedir que la novedad de lo que nos está sucediendo desencadene emociones y sufrimientos que impidan adaptarnos a la nueva situación. Con las prisas existe también el peligro de creer que todos somos iguales a la hora de protegernos y derrotar al coronavirus. Nada más falso, desde el confort y recursos de nuestros lugares de confinamiento, pasando por la edad y salud de cada uno, el virus se ceba con mucha mayor crueldad en los más desfavorecidos socioeconómicamente. Desde nuestra posición, queremos denunciar que nuestro sistema político-económico ha hecho oídos sordos a la posibilidad de una pandemia vírica generalizada. El expresidente Obama, seguramente uno de los últimos y verdaderos estadistas, ya alertó en 2014 de esta posibilidad y realizó varias propuestas². Sin embargo no parece que estemos preparados a escala mundial para la pandemia. En general, la tendencia

ha sido que la sanidad de calidad fuese cada vez más elitista. En cambio, la asistencia médica generalizada está siendo reducida a una mera beneficencia, con lo que la pandemia produjo un fuerte impacto en las personas más vulnerables.

Las estrategias que los distintos países han desarrollado frente al azote del Covid-19 muestran dos biopolíticas bien distintas. La primera, en funcionamiento sobre todo en China, Italia, España y Francia, aplica medidas estrictamente disciplinarias que no son, en muchos sentidos, diferentes a las que se utilizaron contra las pandemias históricas como la peste negra o la gripe española: el confinamiento domiciliario de la totalidad de la población o dentro de los hospitales cuando uno ya está enfermo.

La segunda estrategia, puesta en marcha por Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Japón e Israel, supone el paso a las técnicas de biovigilancia, poniendo el énfasis en la detección de los portadores del virus a través de los *tests* y de la vigilancia digital estricta de los infectados y enfermos a través de sus móviles. Aunque esta vigilancia puede ser extremadamente útil desde el punto de vista sanitario, no es menos cierto que conculca nuestros derechos individuales. No deberíamos caer en la tentación de seguir con este tipo de control de la población una vez concluida la emergencia sanitaria.

¡Quién nos lo iba a decir! Las instituciones tradicionales de encierro y normalización de nuestra vida (fábrica, hospital, colegio o prisión) se han reubicado en nuestras viviendas. Nuestros hogares se han convertido también en el centro de la economía del teleconsumo y de la teleproducción. El espacio doméstico existe ahora como un punto en un espacio cibervigilado, un lugar identificable en un mapa de Google, una casilla reconocible por un dron. Tendremos que admitir que el coronavirus nos ha ubicado abruptamente y de golpe en la nueva era tecnológica, con sus ventajas (muchos hemos podido continuar con nuestra actividad laboral) e inconvenientes (se pasa a trabajar continuamente y sin horarios ni festivos, alterando también la vida familiar).

Todos los políticos a nivel nacional y local fuerzan sus decisiones para beneficiar a su partido y allegados. Su ansiedad por garantizar y blindar su supervivencia política les llevan a reforzar sus posiciones en el vano intento de hacerlas inexpugnables. Nos preguntamos si su arrogancia y el detentar el poder político, y en parte el económico, no les hace sentirse invulnerables. Esta soberbia generalizada, apoyada en nuestra supuestamente poderosa evolución cultural propia de la especie humana, podría ser una de las causas de la posible extinción la humanidad. La pandemia del Covid-19 nos ha devuelto abruptamente a nuestro lugar, como si de un castigo bíblico se tratase. La tentación de suponer que la tecnociencia nos conduciría a ser capaces de dominar la naturaleza convirtiéndonos

en semidioses (Mestres y Vives-Rego, 2012) se ha demostrado que es una falacia de consecuencias funestas.

Todos intentarán e intentaremos sobrevivir, pero nadie lo tiene garantizado. Veremos cómo evolucionan las nuevas cepas coronavíricas, las respuestas biológicas de los diferentes grupos humanos y especialmente nuestra inteligencia individual y social para intentar controlar la pandemia. Es evidente que nos hemos de apoyar en la evolución cultural propia de nuestra especie, ya que la evolución biológica al ser costosa y lenta no parece la mejor solución.

Las intuiciones, el repliegue y la capacidad de resiliencia serán aptitudes esenciales. Navegación y aguante. Suspiramos por volver a la normalidad, para sentirnos casi normales y rehacer lo que se ha perdido por el camino. No habrá normalidad, ni nueva normalidad, sino una carrera frenética de adaptación a unos cambios acelerados, cuyo final es incierto. La evolución no tiene marcha atrás y no volveremos a estar como estábamos. Pero esto no quiere decir que estemos peor que antes, ya que aprendiendo de los errores y aciertos podríamos construir un mundo mejor, más sostenible y solidario. Para ello es necesario que la humanidad cuente con eminentes estadistas con capacidad de liderazgo y visión de futuro para hacer remar a todos en la dirección correcta.

Finalmente, queremos recordar una máxima de la genética evolutiva: la selección natural favorece siempre al que se reproduce más. Pero para conseguirlo, la selección no siempre favorece a los más fuertes, sino que lo hace respecto a los que colaboran más entre sí. Deberíamos ser inteligentes y fijarnos en los ejemplos que reiteradamente nos muestra la naturaleza respecto a los beneficios de la colaboración conjunta y la fuerza del grupo para actuar en consecuencia.

NOTAS

- 1 Por ejemplo, ver "Sopa de Wuhan," marzo 2020, <http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>
- 2 <https://www.youtube.com/watch?v=pBVAnaHxHbM>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cheng, V.C.C., Lau, S.K.P., Woo, P.C.Y. and Yuen, K.Y. (2007), "Severe acute respiratory system coronavirus as an agent of emerging and reemerging infection", *Clin. Microbiol. Rev.* 20: 660–696.
- Ripple, W.J., Wolf, C., Newsome, T.M., Galetti, M., Alamgir, M., Crist, E., Mahmoud, M.I., Laurence, W.F. and 15,364 scientists (2017), "World scientist's warning to humanity: A second notice", *Bioscience* 67: 1026–1028.
- Ripple, W.J., Wolf, C., Newsome, T.M., Barnard, P., Moonaw, W.R. and 11,258 scientists (2020), "World scientists' warning of a climate emergency", *Bioscience* 70: 8-12.
- Vives-Rego, J. y Mestres, F. (2012), "La convivencia con los *cyborgs* y los robots: Consideraciones filosóficas, ético-morales y sociopolíticas", *Ludus Vitalis* 20: 215–243.